

## “El mundo es mi parroquia”: su significado hoy<sup>1</sup>

Leonel Iván Jiménez Jiménez

El 11 de junio de 1739, Juan Wesley escribió en su diario una frase que se ha hecho inmortal: “el mundo es mi parroquia”. Si bien se ha tomado la frase como lema para la labor misional de los movimientos wesleyanos, en realidad el contexto en que Wesley escribió tales palabras es un poco diferente. La frase completa dice así: “yo miro a todo el mundo como mi parroquia; con lo que quiero decir que, en cualquier parte que yo esté, juzgo correcto y es mi deber el declarar las buenas nuevas de salvación a todos los que quieran escuchar. Yo sé que este es el trabajo para el que Dios me llamó.” Esto lo escribió como reflexión luego de que su ministerio itinerante fuera criticado por predicar en parroquias de otros sacerdotes de la Iglesia Anglicana en Inglaterra, asunto que no podía hacerse sin permiso. Sabemos que la vocación de Wesley por la renovación de la Iglesia de Inglaterra le hizo enfrentar diversos conflictos relacionados a sus privilegios y obligaciones como ministro ordenado, en relación a otros sacerdotes y respecto sus nociones de la piedad cristiana. La práctica y teología de Juan Wesley resultó innovadora para su tiempo, trayendo nuevas perspectivas al corazón de una iglesia estatal y provocando reacciones muy diversas.

Juan Wesley ya daba muestras del carácter libre de su labor ministerial. En 1736 había llegado a Savannah para trabajar en las misiones ahí establecidas y el 2 de abril de 1739 pronunció su primer sermón al aire libre por influencia de su amigo George Whitefield. Frente a la rigidez institucional de una Iglesia que había olvidado a su pueblo y se refugiaba en la liturgia, en el poder que ejercía sobre el gobierno civil y el orden jerárquico, el ministerio itinerante de Wesley y la espiritualidad que promovía su movimiento resultaba revolucionario. Los tiempos de Wesley no eran propicios para un movimiento caracterizado por la no-institucionalidad, la flexibilidad en la práctica ministerial, el entusiasmo de su piedad, el celo por la transformación de vida y la preocupación por las condiciones de vida en Inglaterra. Cuando leemos la famosa frase que hemos citado, hemos de entenderla en ese sentido: la urgencia por responder a una Iglesia rígida por medio de un ministerio itinerante en tiempos de cambio.

Si bien las palabras de Wesley han sido llevadas fuera de contexto y usadas con distintas intenciones, resulta interesante el continuar reflexionando en tan venturosa frase tratando de otorgar diferentes significados a las palabras que utiliza dentro del marco de la teología wesleyana y en el

---

<sup>1</sup> Texto presentado durante el XVIII periodo de sesiones de la Conferencia Anual Septentrional de la Iglesia Metodista de México, el 7 de julio de 2018, en Acayuca (Hidalgo).

contexto actual. Las palabras “mundo” y “parroquia” son en extremo provocadoras en el ejercicio de dotarles de significado según los tiempos que se viven.

El uso de las palabras en la frase de Wesley denota una actitud frente al mundo lejana a la demonización que ha caracterizado a buena parte de los discursos evangélicos. Si bien el mundo es un espacio en donde el pecado reina, es también el espacio donde Dios ha decidido actuar. “No somos del mundo”, pero estamos y actuamos en él porque Dios lo ha hecho primero. Para Wesley, una teología y práctica ministerial en el mundo se volvieron esenciales, por lo que su teología no se preocupó por elaborar un tratado sistemático, sino que respondía a los problemas y necesidades que se presentaban, así como en su práctica ministerial se dedicó a acompañar a quienes vivían en mayor marginación. Ejemplo de esto se tiene en los esfuerzos de Wesley por la alfabetización, el cuidado de los huérfanos con la construcción de orfanatos, la concepción de las sociedades y bandas como grupos de cuidado mutuo espiritual y material, o el fomento a la cultura general y cristiana por medio de su recopilación de obras literarias y espirituales. Contrario a la Iglesia Anglicana que, en su mayoría, se había enfocado en la liturgia y el servicio a las clases media y alta, el énfasis del movimiento wesleyano estuvo en la atención prioritaria a las clases empobrecidas. El énfasis en el servicio a la sociedad cruzó las fronteras inglesas y fue llevado por los misioneros wesleyanos a los países y ciudades donde pudieron establecerse.

Latinoamérica, región de amplia mayoría católico-romana, ha tenido desde el siglo XIX una influencia pequeña pero significativa de parte de las iglesias wesleyanas que se asentaron en los diferentes países del continente. Como explica José Míguez Bonino, hay tres áreas en las que han estado presentes: las iglesias wesleyanas se han preocupado por su contribución educativa y cultural hacia países que consideran víctimas de atrasados sistemas políticos, sociales y religiosos; han tenido una importante vocación evangelizadora relacionada con la dimensión educativa; y han tenido buen éxito en los sectores sociales más precarios al construir escuelas, clínicas y otros proyectos sociales, aparte de la labor evangelizadora<sup>2</sup>. Si bien se pueden leer de manera crítica varios aspectos de la labor de las iglesias wesleyanas en Latinoamérica, al ser muchas veces parte del mecanismo colonizador de las potencias políticas y económicas mundiales, su preocupación por el mundo queda manifiesta. Al igual que las teologías latinoamericanas y de la liberación, la teología wesleyana tiene mayor preocupación por la correcta práctica cristiana (ortopraxis) que por la elaboración de un sólido conjunto de doctrinas propias, aunque no excluye la labor teológica rigurosa.

---

<sup>2</sup> José Míguez Bonino, “Methodism and Latin American liberation movements”, en Joerg Rieger y John J. Vincent (eds.), *Methodist and radical: rejuvenating a tradition* (Nashville: Kingswood Books, 2003), 198.

La preocupación por el mundo y el tener al mundo como espacio para la labor teológico-ministerial requiere que se reflexione acerca de cómo se entiende tal concepto y en qué estado se encuentra. El mundo y la manera en que se le concibe ha cambiado de manera dramática desde el siglo XVIII, incluso en los últimos veinte años. El siglo de Juan Wesley experimentó el nacimiento de la era industrial, en donde la fábrica y la ciudad comenzaron a desplazar a la vida agrícola y rural. Fue un siglo de enormes avances en el transporte marítimo, con lo que el comercio y el crecimiento de las potencias mundiales creció de manera exponencial. También fue un tiempo de profundos cambios en las esferas filosóficas y culturales, lo mismo que en la religión y la política. No obstante, el mundo de Wesley comparado al nuestro parece todavía primitivo e inimaginable. Por ejemplo, la población en la Inglaterra de Wesley rondaba los 7 millones de personas, mientras que hoy se calcula en 53 millones; la población en las colonias inglesas era de un millón de personas, mientras que la población de Estados Unidos de América se registró en 325 millones al 2017; un viaje en barco entre Europa y las costas americanas podía durar alrededor de 70 días, mientras que hoy el vuelo entre Nueva York y Londres se hace en siete horas (aunque en 2015 un vuelo de British Airways realizó el trayecto en 5:16 horas gracias a los vientos a su favor). Los cambios en las áreas de conocimiento y desarrollo no sólo implican nuevas maneras de vivir, sino también de entender el mundo y sus elementos. Ya sean cambios en lo político, económico, tecnológico o las comunicaciones, provocan nuevas formas de vivir, de entenderse como seres humanos, de relacionarse el medio ambiente y, también, de creer.

Afirmar que “el mundo es nuestra parroquia” implica preguntarnos qué es el mundo, cómo lo entendemos y cómo se vive en él, no sólo en el terreno de lo teológico, sino también con la ayuda de las más diversas disciplinas que ayuden a entender tan vitales asuntos. Una teología wesleyana que busque ser pertinente al tiempo que vivimos requiere ser interdisciplinaria para poder hablar al corazón de quienes viven en el mundo. Para esto es necesario ir más allá de como se entiende la elaboración teológica para dar un giro epistemológico en donde puedan aportar su componente liberador otras disciplinas que tienen un mayor alcance que la teología, las cuales son utilizadas en la mayor parte de esferas sociales para analizar el mundo<sup>3</sup>.

La teología latinoamericana de la liberación ofrece en su método un recurso invaluable para la elaboración de una teología wesleyana preocupada por el mundo. La teología de la liberación ha resumido su método bajo la fórmula de Ver-Pensar/Sentir-Actuar. Anterior a cualquier juicio o reflexión teológica, es necesario ver el mundo. Este ver no es sólo una apreciación desde lejos, como espectador de lo que sucede, sino participación activa en los sucesos del mundo y el análisis que se

---

<sup>3</sup> Ivan Petrella, “The practice of Liberation Theology in the Twenty-first century”, en Thia Cooper (ed.), *The emergence of Liberation theologies: models for the Twenty-first century* (New York: Palgrave MacMillan, 2013), 145-147.

hace de estos. Quien hace teología comprometida con el mundo es participante de los procesos del mundo, no como quien apoya todo lo que sucede, sino como personaje activo y crítico. La teología de la liberación -y lo mismo podemos decir de la teología wesleyana- es

una tarea histórica. Es histórica -en palabras de Ignacio Ellacuría- porque surge de una determinada situación y va orientada al cambio de esa situación y en ella de las personas que la sufren. No busca una universalidad abstracta, sino tan sólo una universalidad histórica, que la mantendrá en unidad con cualquier otra forma válida de vivir la fe, en situaciones distintas a las suyas. No busca, por lo tanto, verdades universales que se fueran a aplicar, ni verdades intercambiables, sino verdades históricas, que respondan de la mejor manera posible, en una situación dada, a las exigencias vivas y creadoras del espíritu.<sup>4</sup>

Sin la participación en los procesos sociales la teología no puede ser una tarea histórica y, por lo tanto, no puede responder a las preguntas y problemáticas históricas que tiene la sociedad a la que acompaña. Ver el mundo significa acercarse a todos los recursos posibles para analizar lo que está sucediendo en el mundo, pues para pensar/sentir la teología es necesario interpretar lo que el ser humano y la creación experimenta, sufre y celebra. Si bien quien hace teología no está obligado a saberlo todo y convertirse en un experto universal, sí tiene la obligación de escuchar la voz de las distintas disciplinas que tiene a su alcance para tener un entendimiento crítico de lo que sucede.

El análisis de lo que sucede en el mundo encuentra un desafío particular de nuestra época en las redes sociales digitales y el internet. El internet se ha convertido en un espacio-entre-espacios: no es un mundo aparte, sino que está enraizado en la realidad física y, al mismo tiempo, la modifica. El internet y las redes sociales se mueven entre los diferentes contextos al reflejar lo que sucede en otros espacios desde la perspectiva de quien publica la información. En el mundo de internet cualquier usuario se convierte en informante y, por lo tanto, en intérprete de la realidad. La relatividad de lo real ya anunciado con los teóricos posmodernos se vuelve un asunto cotidiano, pues el internet y las redes sociales presentan el desafío de la imposibilidad de definir la realidad. Un evento cualquiera puede ser informado por los usuarios de internet mediante textos, fotografías, videos o transmisiones en vivo y reflejar realidades completamente diferentes sobre el mismo suceso, siendo casi imposible definir lo que es verdadero o falso.

Como ejemplo cotidiano pensemos en un perfil de Facebook: el usuario coloca una fotografía de su predilección, ingresa algunos datos como estado civil, preferencias, lugares de trabajo y estudio,

---

<sup>4</sup> Ignacio Ellacuría, "El método en la teología latinoamericana", en *Escritos teológicos*, t. I (San Salvador: UCA, 2000), 233.

fecha de nacimiento; sube imágenes y referencias de lugares que ha visitado, videos, memes; publica sus pensamientos y lo que siente en determinado momento. Surge la pregunta, ¿quién es el usuario?, ¿es la persona que conocemos cara a cara o es lo que expresa en el perfil de Facebook?, en caso de que los dos no coincidan, ¿cuál es la verdadera personalidad del usuario?, ¿lo que el usuario es está representado en ambas o en una sola? A tal ambigüedad la Iglesia se enfrenta cuando se dispone a analizar lo que sucede en el mundo. Si la posmodernidad había anunciado la imposibilidad de acceder a la verdad como algo sólido y la deconstrucción de la realidad como forma de descubrir los mecanismos de poder que la sostienen, el internet y las redes sociales traen el desafío de aprender a acercarse al mundo desde la ambigüedad, fluidez, inmediatez y relatividad absoluta de un contexto que se mueve y existe entre los contextos físicos. No es un mundo diferente, pero es una nueva forma de expresar lo que sucede el mundo y, al mismo tiempo, transformar lo que está en marcha.

De lo anterior se desprende uno de los fenómenos más dañinos y frecuentes de nuestro tiempo, el cual se ha podido detectar en innumerables procesos políticos y sociales, ya sea en campañas electorales o el tratamiento de temas de interés público: las *fake news*, las noticias falsas. Las *fake news* son un mecanismo de control social en el cual se construye una mentira con el objetivo de obtener ganancias de cualquier índole. La construcción de la mentira se hace generalmente a partir de trozos de verdad, por ejemplo, una fotografía, un video o texto sacado de su contexto para crear una nueva narrativa. Gracias a las características del internet y las redes sociales, las *fake news* circulan a gran velocidad entre usuarios, haciéndose virales y dañando a quienes se ha decidido destruir. Las *fake news* es la utilización del poder de las nuevas comunicaciones para crear una narrativa que distorsione la realidad a favor de intereses particulares. Esto ha sido demostrado en una cantidad excepcional de ocasiones, que van desde campañas políticas en distintos países (la campaña de Donald Trump es un ejemplo), la invasión de Irak por parte de los Estados Unidos de América (con la difusión de imágenes e información supuestamente verdadera acerca de armas químicas), la negación del calentamiento global y otros problemas sociales (mediante la difusión de teorías de la conspiración o datos supuestamente científicos que lo niegan) o el ataque a movimientos liberadores como el feminista (tachado de “femeninazi” al utilizar textos, imágenes y videos sacados de contexto), entre cientos de ejemplos que se podrían enumerar.

Ver al mundo, analizar lo que sucede en la sociedad, se convierte en un asunto de complejidad mayúscula frente a la utilización de las capacidades del internet y las redes sociales por parte de distintos poderes para moldear la realidad que les beneficia. Por ello, la teología wesleyana para nuestro tiempo, comprometida con la liberación y hecha desde Latinoamérica, requiere ser crítica. La teología y la Iglesia corren el peligro de verse envueltas en los discursos contruoidos y promovidos

por los poderes en turno, ya sean políticos, económicos o culturales. Así como el imperio romano moldeó mucho de la teología cristiana a partir del siglo IV, los poderes en turno han influido en el discurso y práctica de la Iglesia a lo largo del tiempo, normalmente en causas injustas y contrarias al reinado de Dios. No podemos olvidar que la teología y la jerarquía eclesiástica justificó la esclavitud y muerte de los pueblos indígenas luego de la conquista de Abya-Yala; existieron importantes teólogos e iglesias -la metodista incluida- que justificaron la segregación racial en África y los Estados Unidos de América; una buena parte de las iglesias alemanas apoyaron el régimen del nacionalsocialista luego de su arribo al poder en la década de 1930; así como un buen número de iglesias evangélicas han apoyado la guerra contra países musulmanes y la ocupación de Palestina.

La Iglesia y la teología pueden ser grandes armas para la defensa y promoción de los discursos de poder. Por esta razón, la teología que tiene al mundo por su parroquia es crítica. La teología crítica es la “fe informada por el pensamiento crítico” (*fides informata cogitatio discrimine*)<sup>5</sup>. Con esto entendemos que la teología crítica es la fe que busca en el conocimiento, la reflexión y el análisis interdisciplinario aquello que está atrás de los discursos. No es la fe inocente que hace caso a los discursos que le agradan, sino aquella que desafía todo lo que se le presenta hasta descubrir qué es lo que intenta justificar. La teología comprometida con los procesos del mundo debe cuestionar tales procesos, aunque parezcan ser acordes a sus intereses. La fe crítica entiende que la única verdad está en Dios y por ello es inaccesible: el ser humano y sus sistemas sólo pueden aspirar a acercarse a la verdad y por esa razón siempre fallarán. Ante esas fallas, que se transforman en mecanismos de dominación y opresión, la teología crítica cumple su labor profética: pone todo a la luz de la revelación de Dios en Jesucristo para definir la mayor de las cuestiones: si el discurso y el sistema favorece la plenitud de vida o no.

La realidad es una construcción a partir de discursos que moldean al ser humano a través de diversos mecanismos, tales como la educación familiar o escolar, la economía, la religión, la mercadotecnia, los medios de comunicación, etcétera. La forma en que nos encontramos con el mundo y actuamos es una construcción, pues de acuerdo a la manera en que hemos sido educados o las influencias que pesan sobre nosotros, es que entendemos lo que es real, verdadero o falso. Esta es la razón por la que un indígena puede ser tan diferente a una persona que vive en un residencial urbano, una occidental tan diferente a una oriental o un hombre blanco evangélico conservador a un hombre mestizo católico de izquierda. El trabajo de la teología crítica es asumir que definir la realidad en términos objetivos y universales es una tarea imposible. Lo que sí es posible es descubrir los discursos

---

<sup>5</sup> Carl A. Raschke, *Critical theology: introducing an agenda for an age of global crisis* (Downers Grove: IVP Academics, 2016), 48.

y mecanismos que moldean la realidad para encontrar cómo es que operan los distintos poderes, cómo es que mantienen los privilegios para algunos, justifican la superioridad de unos sobre otros, cómo es que desactivan los mecanismos de subversión y cómo mantienen la marginación de las mayorías, colectivos, comunidades e individuos subalternos.

La teología wesleyana y la teología de la liberación centran su atención en el acompañamiento a la sociedad como una forma de dismantelar los discursos y mecanismos de poder. Si la reflexión sólo se hace desde lo teórico es probable que se justifiquen a los poderes en turno, tal como los ejemplos ya mencionados durante la segregación racial o el apoyo al nacionalsocialismo alemán. Juan Wesley decide enfrentar lo que sucede en el mundo acompañando a las clases marginadas y, a partir de ahí, hacer su reflexión teológica. Un ejemplo de esta labor es la manera en que deconstruye los discursos acerca de la pobreza. Federico Meléndez, teólogo guatemalteco, explica que

Wesley calificaba de diabólica y falsa toda noción de que la pobreza se debía a la indolencia de los pobres; más bien analizó cuidadosamente sus causas, y llegó a la conclusión que son otros factores que la originan. Como se ha explicado, su análisis de la crisis social y económica de su país lo llevó a ver la falta de empleo como la raíz de la miseria. Sin duda alguna que el apóstol del metodismo “descubrió” a los pobres como personas, dándoles valor y significado en una sociedad que desconocía su existencia y negaba su valor como personas creadas a la imagen de Dios.<sup>6</sup>

Juan Wesley logró desentrañar los discursos y mecanismos que culpaban al pobre de su condición mediante el acompañamiento que dio a los grupos marginados. No es una reflexión que nace sólo desde los postulados teóricos, sino a partir de la vida entre los pobres. La herencia wesleyana invita a ver todo discurso y mecanismo con sospecha para poderlo deconstruir mediante el acompañamiento a la sociedad, principalmente a quienes viven en las diversas marginaciones que han sido creadas en la sociedad. Las implicaciones de esto son desafiantes, pues desde la tradición wesleyana no deberíamos apresurarnos a emitir juicios y conclusiones sobre ningún tema sin antes estar con quienes resultarán afectados por el decir de la Iglesia. De esta manera, por ejemplo, para pensar y hablar sobre el tema de la migración, la Iglesia debería vivir entre los migrantes; para pensar y hablar acerca de la diversidad sexual, la Iglesia debería estar donde se encuentran; para pensar y hablar acerca de quienes padecen adicciones, la Iglesia debería vivir entre ellos. Sólo así, entre las y

---

<sup>6</sup> Federico A. Meléndez, *Ética y economía: el legado de Juan Wesley a la iglesia en América Latina* (Buenos Aires: Kairós, 2006), 49.

los marginados, es posible deconstruir a la manera wesleyana y liberadora los discursos y mecanismos que intentan moldear la realidad.

Esta es una forma diferente de entender y encontrarse con el mundo: declarar que es una construcción a partir de discursos y mecanismos impuestos por quienes detentan el poder, acompañar a quienes son víctimas de tales discursos y, a partir de ahí, deconstruir lo que se nos ha dicho. La teoría queda superditada a la praxis y, a partir de esta, se puede construir una teología liberadora y basada en el amor, pues los sujetos a los que se ha de referir no son sólo los entes creados por los discursos y mecanismos de poder, sino verdaderos hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios, con cuerpo, emociones y pensamientos, a los que no se les puede juzgar. Es entonces cuando surge la “religión del amor” característica del pensamiento wesleyano, la cual expresa su fe a través de las obras. Estas obras buscan la transformación social basada en la justicia, la paz y la alegría, pues desde la perspectiva wesleyana, no puede haber fe sin una expresión concreta: “[t]ener fe no es cuestión de pensar sino de hacer; no es cuestión de creer, sino de realizar; somos cristianos no tanto por lo que decimos sino por lo que hacemos. Las obras valen más que las palabras, y son la mejor expresión de nuestras convicciones doctrinales y personales.”<sup>7</sup>

La preocupación de las iglesias wesleyanas por la transformación de las sociedades -similar a la vocación de las teologías de la liberación- implica la creación de proyectos históricos, sin los cuales la terminología teológica quedaría vacía. Términos como santidad y liberación, que son siempre sociales y materiales, no pueden quedar en lo abstracto, sino que requieren de proyectos históricos para poder desarrollarse como alternativas a las condiciones de vida injustas e indignas que han estado presentes en cada época de la historia humana<sup>8</sup>. Decir que el mundo es la parroquia para la tradición wesleyana es afirmar que su teología y práctica ministerial deben hacerse desde lo que pasa en el mundo, ser pertinente a sus problemáticas, acompañar sus procesos y estar comprometida en la transformación de aquello que no va acorde a los principios del reinado de Dios, que son justicia, paz y alegría. Este compromiso con lo que sucede en el mundo y la vocación por la transformación es englobado por Juan Wesley como “religión social”:

(...) el cristianismo es esencialmente una religión social, y que tratar de hacerlo una religión solitaria es en verdad destruirlo. (...) Cuando digo que esta es esencialmente una religión social, quiero decir que no sólo no puede subsistir sino que de ninguna manera puede existir sin la sociedad, sin vivir y mezclarse con los seres humanos. (...) no puede subsistir sin la sociedad, sin que vivamos y

---

<sup>7</sup> Ibid, 64.

<sup>8</sup> Ivan Petrella, “Liberation Theology- a programmatic statement”, en Ivan Petrella (ed.), *Latin American Liberation Theology: the next generation* (New York: Orbis Books, 2005), 147-166.



conversemos con otros seres humanos, de lo que se deduce que varios de sus consecuencias más esenciales no tendrían cabida si no tenemos relación con el mundo.<sup>9</sup>

Lo social en Wesley debe entenderse como un proceso que involucra al individuo y a la comunidad por igual. Mediante la educación disciplinar y los cuidados que la sociedad garantiza a la sociedad forma al individuo, así como el individuo va conformando a la comunidad mediante su participación en diferentes grupos e instituciones que fortalecen a la sociedad por medio de los servicios que prestan. De esta manera, la sociedad está siempre en el individuo y el individuo en la sociedad. Hay una permanente interrelación entre los individuos y la sociedad, por lo que se van conformando mutuamente<sup>10</sup>. Destacar esto es de vital importancia, pues el individualismo de nuestra época reina en la mayoría de las relaciones sociales en sus diferentes niveles, y subsiste una tendencia religiosa hacia las devociones individuales, olvidando que desde las tradiciones bíblica y wesleyana resulta imposible la existencia de un creyente solitario, subrayando en todo momento la interdependencia de los individuos y su responsabilidad para con la creación entera.

Tener al mundo por parroquia es confesar que Dios actúa en el mundo y que el mundo requiere de la acción de Dios. Como lo hemos mencionado, y en consonancia con la herencia de la teología latinoamericana, el actuar de Dios se da preferencialmente entre las comunidades marginadas en pos de su liberación. Más que una forma de demagogia teológica es muestra de amor definitiva a su creación: amar y preocuparse por aquellos por los que nadie lo hace. El actuar de Dios debe incomodar a los discursos y sistemas de poder, pues de no hacerlo simplemente estaría ofreciendo un paliativo a las difíciles circunstancias de vida que padecen las mayorías. Como da testimonio el texto bíblico, el actuar de Dios debe provocar incomodidad y serios cuestionamientos a las maneras que el mundo vive -incluida la Iglesia-, a partir de lo cual genera cambios radicales. Cuando el discurso y actuar de la Iglesia es siempre obediente y cómodo no hay verdadera transformación de las condiciones sociales; no hay espada que traspase hasta los tuétanos. El Dios que actúa preferencialmente en los márgenes del mundo es el Dios que critica severamente las razones por las cuales existen marginados y el Dios que está dispuesto a cuestionar y dismantelar todo con tal de que no existan más tales condiciones de sufrimiento. A la Iglesia le toca elegir el lado de la historia desde el que debe participar: desde la recreación de los discursos y mecanismos que provocan marginación o desde la radicalidad propuesta por Dios para la transformación del mundo; desde la comodidad institucional en la que el mundo debe

---

<sup>9</sup> Juan Wesley, “Sermón 24: Sobre el sermón de nuestro Señor Jesucristo en la montaña. Cuarto discurso”, en Justo L. González (ed.), *Obras de Wesley*, t. II (Franklin: Providence House Publishers, 1996), 84, 85.

<sup>10</sup> Rui de Souza Josgrilberg, “Qual o sentido de ‘social’ na ‘religião social’ de John Wesley?”, en Helmut Renders (org.), *E sal da terra e luz do mundo: 100 anos do Credo Social Metodista* (São Bernardo do Campo: Editeo, 2009), 61.

llegar a la Iglesia o desde el acompañamiento liberador donde la Iglesia va a su parroquia que es el mundo.

Finalmente, debemos también mencionar el papel del teólogo en la visión del mundo como parroquia. Quien hace teología y está comprometido con esta visión de Iglesia se convierte en párroco o teólogo público. La teología pública es aquella que se resiste a la tendencia de privatizar la fe al convertirla en un asunto exclusivo de salvación personal, lo cual es común en muchas corrientes evangélicas y carismáticas. La Iglesia en Latinoamérica ha sido colonizada desde hace varias décadas por las corrientes más conservadoras del evangelicalismo, promoviendo una religión que trata de relaciones íntimas y personales con Dios, y creando una cultura cristiana ajena al testimonio bíblico de preocupación por el mundo. Esta colonización ha domesticado el mensaje radical de la fe cristiana: todo se centra en la aceptación personal de Jesús, la salvación del alma, la devoción personal -aún en medio de la reunión congregacional-, la participación política en movimientos de derecha, la promoción de los valores del neoliberalismo y una identidad cristiana basada en el mercado mediante el consumo de playeras, discos, libros y otros objetos.

La teología pública busca reaccionar a esto recordando a la Iglesia su labor de participar en los asuntos de la sociedad y tenerla como institución pública. En consonancia con esto, los “teólogos públicos ayudan a las personas a entender el mundo en que viven y, lo que es más importante, cómo seguir a Cristo tanto en lo cotidiano como en situaciones extraordinarias. (...) El pastor-teólogo es el intelectual orgánico del Cuerpo de Cristo, una persona con inteligencia evangélica que es ‘sabio para la salvación’.<sup>11</sup>” El deber del pastor-teólogo que mira al mundo como su parroquia es interesarse de los asuntos públicos, acompañarlos y reaccionar ante ellos de manera crítica, pues en lo público es donde la gente vive y la Iglesia se funda. No hay Iglesia ni cristianismo que sea privado: todo tiene lugar en la esfera de lo público.

Hemos esbozado algunas ideas para seguir dotando de significado a una de las frases de Juan Wesley que más a ha trascendido: “miro al mundo como mi parroquia”. Los desafíos son mayúsculos frente a un mundo fluido, cambiante, ambiguo e injusto. Sin embargo, Dios ha decidido actuar en el mundo y fundar a su Iglesia en lo público como colaboradora suya en la transformación de las condiciones sociales de opresión, violencia y muerte. Tal es la vocación de la Iglesia: estar en el mundo, acompañar a las comunidades marginadas, deconstruir los discursos y mecanismos de poder, anunciar las buenas noticias de liberación y caminar por las sendas de la transformación. Sólo en esa vocación la Iglesia podrá cumplir con su responsabilidad ante Dios de ver por las y los “pequeños” de

---

<sup>11</sup> Kevin J. Vanhoozer y Owen Strachan, *The pastor as public theologian: reclaiming a lost vision* (Grand Rapids: Baker Academics, 2015), 23.

Jesucristo. A quienes hacemos teología nos toca redoblar esfuerzos en entender el mundo en que vivimos, escuchando las voces provenientes de otras disciplinas y ayudando a la gente a entender el mundo en el que vive. A la Iglesia le corresponde ser sensible a la voz de Dios que se expresa en quienes han sido silenciados y encontrar al Dios que sigue caminando por los caminos polvorientos de este mundo, pues ahí es donde nace la salvación. “El mundo es mi parroquia” significa transformar al mundo por medio del amor.

#### Bibliografía citada

Cooper, Thia (ed.). *The emergence of Liberation theologies: models for the Twenty-first century*. New York: Palgrave MacMillan, 2013.

Ellacuría, Ignacio. *Escritos teológicos*, t. I. San Salvador: UCA, 2000.

González, Justo L. (ed.). *Obras de Wesley*, t. II. Franklin: Providence House Publishers, 1996.

Meléndez, Federico A. *Ética y economía: el legado de Juan Wesley a la iglesia en América Latina*. Buenos Aires: Kairós, 2006.

Petrella, Ivan (ed.). *Latin American Liberation Theology: the next generation*. New York: Orbis Books, 2005.

Rashke, Carl A. *Critical theology: introducing an agenda for an age of global crisis*. Downers Grove: IVP Academic, 2016.

Renders, Helmut (org.). *E sal da terra e luz do mundo: 100 anos do Credo Social Metodista*. São Bernardo do Campo: Editeo, 2009.

Rieger, Joerg y John J. Vincent (eds.). *Methodist and radical: rejuvenating a tradition*. Nashville: Kingswood Books, 2003.

Vanhoozer, Kevin J. y Owen Strachan. *The pastor as public theologian: reclaiming a lost vision*. Grand Rapids: Baker Academics, 2015.